

En este juego, el humor es decisivo para el poeta, pues es verdaderamente el humor, espejuelos debidamente graduados a la adaptación, que logra entender el carácter lúdico de la vida; el humor en sus distintas lentes: blanco, negro, irónico, satírico. El humor, como otra voz de la poesía, permite expresar otras calidades que no pueden ser alcanzadas por el espejo plano de la circunspección. El humor como pinza muy sutil que logra llegar hasta esa espinita que se clava en el corazón, al decir de la canción.

Este poeta no rechaza nada de lo que le quede a mano para hacer perceptible ese relumbrón innombrable que es la experiencia poética: humor, lirismo, conversación, códigos culturales... Sabe que todo poeta es heredero de una muy larga tradición que, en y mediante la palabra, siempre se rehace y renueva en el poema; tradición, agua pasada que *sí* mueve molino, el molino de la expresión poética, que mastica y junta en sus prensas la primera palabra, el canto del ave, el suspiro de la dama y hasta el verso del mal poeta.

Y en este triturar la tradición tiene un lugar epicentral el lenguaje. La poesía de Noguerras, es la fiesta de la palabra. La palabra, muy whitmaniana, se canta y se celebra a sí misma; la palabra es lo que nombra y ¿qué es el acto de nombrar si no un poema en sí mismo? ¿qué hacemos cuando decimos agua, viento, flor, mujer, sino trasladar al territorio de lo figurado, de lo soñado, de lo intangible, aquello que tiene otra forma, otro peso, otra sustancia? ¿No somos todos hijos, acaso, de aquel Primer Poeta que creó todos los seres y las cosas sólo de nombrarlos con los sonidos del Caos? Noguerras lo imita, no conoce los límites del lenguaje: cuando no encuentra las palabras necesarias, las inventa; cuando no le sirve el idioma contemporáneo, polucionado por el estruendo y la furia del presente, revive sus oscuros inicios, cuando ninguno terrestre es de la talla de su mente y su alma, pues crea un idioma espacial. El poema es la llama que surge de la fricción de decir lo indecible y, cuando no hay una manera de decir, hay que crearla. La poesía todo lo imanta, todo lo hace posible.

El abanico de la poesía de Luis Rogelio Noguerras parece abrirse entre eros y tánatos, como dos lindes donde se enmarca el imposible; por ese portón se entran los recuerdos de la infancia, la familia, los amigos, la poesía, las calamidades humanas, el

asombro de la vida y, sobre todo, ese aleph, ese emblema de la vida, la mujer. Pocos poetas han cantado tan hondo y tan bien a la mujer.

La poesía de Nogueras, un cóctel de lirismo, cultura y lenguaje coloquial, al que por momentos se le añaden gotas de angostura del realismo sucio –ver «Heavy Rock» o «Taller»– es un cuerpo donde el todo es más que cada una de sus partes. Más que el efecto de imágenes separadas, de tropos bien logrados en ciertos versos, el efecto del poema es su integridad, es la conjunción de todos los elementos la que rinde el sentido cabal, como rinde la mujer su orgasmo cuando su cuerpo todo entra en armonía. Para lograr el sentido último se vale el poeta de las armas que mejor parece manejar: las metáforas esenciales, las inconsecuencias, la paradoja y la enumeración.

Toda la poesía de Nogueras está iluminada por esa llama doble de la que ha hablado Octavio Paz, el amor. El amor tanto como elevación hacia los sentimientos más puros, como esa ignición más temporal y concreta que es el erotismo. Hombre que habita una isla, pero no aislado, fluyendo hacia los continentes, en el eterno río del suceder, ama lo que somos que es lo que hemos sido y lo que será. Cada poema es una prueba de amor: amor a los niños, al hombre que sufre, a los pobres de la tierra, a las palabras, a la vida. Ese amor también se destila a su paso por el encuentro de dos cuerpos; si hay una tensión y una intención que mueve el alma, que mueve la mano que escribe estos versos es la tensión erótica; es difícil hallar en la poesía cubana, y quizás en la hispanoamericana, otra poesía donde el erotismo brille más fosforescente y desembozado. Poemas que son un cuerpo desnudo y limpio que se ofrece listo para ser amado.

Pero a la vez, su poesía trasciende las señas epidérmicas, la manifestación cómodamente arrellanada en lo sonoro y lo visual. La poesía solo es expresable y transmisible mediante la palabra, y la palabra es una cifra de la más sutil ingeniería humana. Así que su poesía es una poesía de la inteligencia, de la inteligencia que se sublima de los sentidos, del vivir. Inteligencia que lanza una mirada lúcida hacia dentro y afuera, rociándolo todo con ese líquido abrasivo que es la ironía, para vivir el mundo al revés, de manera que veamos el sinsentido y recobremos el sentido común.

En un poeta donde el gozo vital y el erotismo son fuerzas tan determinantes, es lógico que la sensualidad saque constantemente su lengua, pero siempre los finos dedos de las palabras, el aroma del buen humor, el buen gusto de la invención la tamizan, tornándola sensualidad de la inteligencia.

Este poeta era consciente de que se nace en un lugar por azaroso accidente y bien pudo haber sido lisboeta, neozelandés o marsellés, porque la patria de un poeta son los sentimientos humanos y su religión, la lengua en que los expresa; así que su poesía no estaba entumecida por el fatalismo geográfico sino que se movía grácil en el cosmopolitismo. Esto no es una mala palabra, no era una moda simpática ni un afiche mercantil, sólo la consecuente adaptación a los sentimientos e ideas que animan sus versos donde nunca es ajeno lo humano y siempre las campanas doblan por él. Simplemente se movía entre lo sustantivo de los hombres, desdeñando los adjetivos, como pez en el agua.

Es esta ancha y honda sensibilidad la que lo hace tan cercano a todos los lectores, por encima de barreras generacionales y estilísticas. Cada lector lo siente un poeta de ahora y mío. No es de extrañar que por este sentimiento de pertenencia constante al presente algunos lo quieran echar al saco sin fondo del postmodernismo; pero su sensibilidad supera las calificaciones, que él detestaba, de esos críticos que agradecía a Dios sólo conocer a distancia. Lo que es de siempre y de todos no es de nadie en particular. Así es su poesía; así es su sensibilidad. Sensibilidad del niño eterno, pues un elemento recorre todo lo que toca: su inocencia. Él se acerca a todo desde el amor y la bondad, aún sus actos más terribles, más diabólicos están asordinados por ese candor infantil, es una malicia bondadosa, nunca cruel, sentimiento desterrado de su casa; todo acto se halla movido por el desenfado y la curiosidad del niño que condenó al poeta a chupar ese «mango interminable».

El otro elemento que hace su poesía tan próxima es su amabilidad. Los más diversos asuntos se tratan con una gracia, con una limpieza, con una honradez que la comunicación fluye. La poesía es puente. La empatía gotea como fruto maduro. Nogueras dice versos como quien nos echa el brazo sobre el hombro y pregunta ¿cómo estás?

A través de los disímiles poetas apócrifos –Ah-Quoc, Tristán Lacroix, Max Schütz, Giovanni Cino, etc., el autor intenta desdoblarse en el otro, el prójimo múltiple, seres que atestigüen lo que ha gozado o padecido el hombre genérico en su tránsito por el parchís de la vida. Todos los hombres son el hombre y el poeta es voz de los unos y, por tanto, del otro. Todos son un mismo testigo, en lo que, Nogueras, concurre con el poeta holguinero Gastón Baquero quien nos dice que «siempre habrá un testigo que/ verá convertirse en columnilla de humo / lo que fue una meditación o una sinfonía y siempre / renaciendo...»

Sus apócrifos habían llegado hasta el final. Escribir sobre su propia poética y pasarla como auténtica. Juan Nicolás Padrón en la presentación de *Wichy* en su antología de la poesía cubana escribió: «Fascinante hasta el delirio, apasionado hasta la burla y reflexivo hasta la locura, la de Luis Rogelio Nogueras, *Wichy*, *El Rojo*, se revela como una de las más importantes voces de la poesía cubana. Definitivamente gusta o se rechaza, pues no hay indiferencia ante una obra cuya fantasía, humor, ingenio y gracia opacan otras virtudes. Fabricante de sueños con la inteligencia del corazón, Nogueras es un trabajador de la imaginación y un humorista de sangre; con la destreza para armar y desarmar palabras –«esgrima con el idioma» llamaron a su genio verbal– borró todos los límites entre lo social y lo íntimo. Tras su juego irónico, sentimental y fabulador, también rompió con las fronteras de lo real y lo ficticio, tipificando personajes, lugares, épocas, y creando un mundo de heterónimos donde lo libresco y lo posible ante la realidad se mezclaban en una doble comunicación, capaz de reelaborar continuamente la cultura desde su exquisita sensibilidad y original humanismo»